



Balta Lelija

16 de septiembre de 2023  
Sábado de la Semana XXIII del Tiempo Ordinario  
“Seguir la voz del Señor”

Jn 17,6a.11b-19

Lectura correspondiente a la memoria de San Cornelio y Cipriano

*En aquel tiempo, Jesús levantó los ojos al cielo, y oró diciendo: “Padre santo, cuida en tu Nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros. Mientras estaba con ellos, cuidaba en tu Nombre a los que me diste; yo los protegía y no se perdió ninguno de ellos, excepto el que debía perderse, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo esto estando en el mundo, para que mi gozo sea el de ellos y su gozo sea perfecto. Yo les comuniqué tu palabra, y el mundo los odió porque ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos en la verdad: tu palabra es verdad. Así como tú me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo. Por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad.”*

Al leer este pasaje del evangelio, podemos notar una vez más cuán esencial es para el Señor glorificar al Padre. El Nombre de Dios debía revelarse a través de Él, y los hombres podían, por medio suyo, conocer la bondad del Padre. Jesús considera a aquellos que le siguen como un regalo y, a la vez, una misión que le fue encomendada por las manos del Padre, y le pide a Él que los preserve en su Nombre. Él protege a los suyos como el Buen Pastor, y sabemos que, tras esta plegaria al Padre, dará su vida por las ovejas (Jn 10,11).

Jesús está bien consciente de tantos peligros que acechan a los hombres, sobre todo cuando pretenden erigir un dominio autónomo, prescindiendo de la relación con Dios.

Sin embargo, Dios llama al hombre a vivir en íntima comunión con Él, y de ahí surgirá la verdadera y duradera fraternidad y unidad entre los hombres, como hijos de un mismo Padre Celestial. ¡Éste es el Reino de Dios! Las obras humanas, por más alto que quieran llegar, se derrumban al cabo de un tiempo, como sucedió con la torre de Babel (cf. Gen 11,1-9). Los diversos reinos de este mundo van y vienen. Se desmoronan rápidamente cuando carecen de un verdadero fundamento; cuando el pecado, la corrupción y la injusticia encuentran cabida...

En cambio, la íntima comunión de amor con Dios, en la que Jesús introduce a sus discípulos, permanece para siempre por estar cimentada en Dios. ¡Esto es motivo de gozo! Y éste es el gozo que Jesús concede a los suyos: es la alegría en Dios, la alegría de vivir en unidad con Él, la alegría de conocerle, la dicha de poder servirle.

Sin embargo, el discípulo del Señor sigue corriendo peligro mientras viva en este mundo, y se le exhorta a estar vigilante, porque puede verse confrontado al odio y al rechazo. Jesús no nos pinta un mundo que abraza de buena gana la fe; ni un mundo que nosotros, los fieles, deberíamos abrazar. ¡Esto sería una utopía! ¡No habrá un Paraíso en la Tierra!

La Iglesia debe permanecer vigilante, y no dejarse seducir para cooperar con otras religiones, instituciones y gobiernos en el propósito de alcanzar una paz mundial que no esté cimentada en Dios. Ésta sería una falsa paz, que rápidamente puede degenerar en una dictadura y empezar a perseguir a los cristianos. El espíritu del Anticristo puede ocultarse detrás de objetivos aparentemente buenos, para así engañar a las personas.

Las palabras del Señor, en cambio, son realistas y veraces. Los suyos han de vivir en el mundo, pero no ser del mundo. Esto significa que su pensar y actuar deben definirse por el Espíritu Santo, y no según lo que sea “políticamente correcto” ni por ideologías.

La misión de los discípulos es anunciar el evangelio a este mundo e impregnarlo con la levadura de la verdad; y de ningún modo pueden permitir que la verdad del evangelio sea distorsionada por el veneno de las ideologías.

En esta misión santa que se nos ha encomendado, nosotros, los cristianos, podemos confiar en la oración del Señor, que hoy nos asegura que seremos preservados del mal, porque así se lo ha pedido al Padre.

Por eso, permanezcamos en la Palabra del Señor y asimilémosla profundamente. Ella es nuestra orientación, sean cuales sean las ideas o conceptos mundanos que aparezcan, incluso dentro de la Iglesia.

Gracias a la Palabra del Señor, aprendemos a discernir, porque en ella escuchamos la voz del Pastor a quien seguimos. ¡Sólo tras Él irán las ovejas, y Él las protegerá (cf. Jn 10,4-5)!